

NO HAY
SILENCIO
QUE NO
TERMINE

INGRID
BETANCOURT

NO HAY
SILENCIO
QUE NO
TERMINE

Traducción del francés con la colaboración de la autora
por María Mercedes Correa y Mateo Cardona

AGUILAR

Título original: *Même le silence a une fin*
Título original: *Even Silence Has an End*

© Ingrid Betancourt, 2010
© Traducción del francés por María Mercedes Correa
y Mateo Cardona con la colaboración de la autora

© De esta edición:
2010, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 90 93
www.librosaguilar.com/es
aguilar@santillana.es

Diseño de cubierta: Carol Devine Carson
Fotografía de cubierta: Christine Rodin

Primera edición: septiembre de 2010

ISBN: 978-84-03-10140-1
Depósito legal: M-35.020-2010
Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A. (Fuenlabrada, Madrid)
Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

*A todos mis hermanos que siguen secuestrados
A mis compañeros de cautiverio
A todos aquellos que lucharon por nuestra libertad*

A Melanie y Lorenzo

A mi Mamá

CONTENIDO

1	La fuga de la jaula	15
2	Adiós	48
3	La captura	60
4	El «Mocho» César	77
5	El campamento de Sonia	90
6	La muerte de mi padre	111
7	El abismo	117
8	Los avispones	128
9	Las tensiones	147
10	Pruebas de supervivencia	158
11	La casita de madera	164
12	Ferney	175
13	Aprendiz de tejedora	182
14	Los diecisiete años de Melanie	187
15	A flor de piel	192
16	El ataque	200
17	La jaula	212
18	Amigos que vienen y amigos que se van	218
19	Voces del exterior	226
20	Una visita de Joaquín Gómez	232
21	Segunda prueba de supervivencia	242
22	La adivina	249
23	Un encuentro inesperado	254

24	El campamento de Giovanni	259
25	En manos de la sombra	268
26	La serenata de Sombra	276
27	Los alambres de púas	281
28	La antena de satélite	289
29	En la cárcel	294
30	La llegada de los estadounidenses	300
31	La gran pelea	308
32	La numeración	316
33	La miseria humana	321
34	La enfermedad de Lucho	326
35	Una Navidad triste	337
36	Las discusiones	348
37	El gallinero	356
38	El regreso a la cárcel	364
39	El allanamiento de los radios	371
40	Los hijos de Gloria	384
41	Las pequeñeces del infierno	387
42	El diccionario	395
43	Mi amigo Lucho	399
44	El niño	404
45	La huelga	411
46	Los cumpleaños	417
47	La gran partida	423
48	La crisis hepática	427
49	El raqueteo de Guillermo	434
50	Un apoyo inesperado	438
51	La hamaca	444
52	Venta de esperanza	450
53	El grupo de los diez	460
54	La marcha interminable	470
55	Las cadenas	480

56	La luna de miel	484
57	A las puertas del infierno	493
58	El descenso a los infiernos	500
59	El diablo	506
60	Ahora o nunca	513
61	La fuga	520
62	La libertad	535
63	El dilema	550
64	El final del sueño	556
65	Castigar	563
66	La retirada	570
67	Los huevos	577
68	Monster	581
69	El corazón de Lucho	589
70	La fuga de Pinchao	599
71	La muerte de Pinchao	609
72	Mi amigo Marc	616
73	El ultimátum	625
74	Las cartas	632
75	La separación	641
76	Acariciar la muerte	646
77	Tercera prueba de supervivencia	657
78	La liberación de Lucho	665
79	Discordia	677
80	El Sagrado Corazón	686
81	La estratagema	691
82	El fin del silencio	702

1

LA FUGA DE LA JAULA

Había tomado la decisión de escaparme. Era mi cuarto intento de fuga, pero después del último las condiciones de nuestro cautiverio se habían vuelto aún más terribles. Nos habían metido en una jaula construida con tablas y un techo de zinc. Faltaba poco para el verano. Llevábamos más de un mes sin aguaceros en la noche. Y un aguacero nos era absolutamente indispensable. Noté que una de las tablas en una esquina de nuestro cuartucho empezaba a podrirse. Empujando la tabla con el pie logré rajarla lo suficiente para crear una abertura. Así lo hice una tarde, después del almuerzo, mientras el guerrillero de guardia cabeceaba, medio dormido, de pie, apoyado al fusil. El ruido lo asustó. Se acercó, nervioso, y le dio la vuelta entera a la jaula, despacio, como una fiera. Yo lo seguía, espiándolo por entre las rendijas de las tablas, conteniendo el aliento. Él no podía verme. Dos veces se detuvo, incluso pegó el ojo a un hueco y nuestras miradas se cruzaron por un segundo. El hombre saltó hacia atrás, espantado. Luego, como para recobrar su compostura, se plantó frente a la entrada de la jaula. Esa era su revancha: no quitarme los ojos más de encima.

Evitando su mirada empecé a hacer cálculos. ¿Podríamos pasar por esa quebradura? En principio, si cabía la cabeza, cabría el cuerpo también. Recordaba mis juegos de infancia: me veía escurriéndome por entre las rejas del parque Monceau. Siempre era la cabeza la que lo bloqueaba todo. Ahora ya no estaba tan segura.

El asunto funcionaba para un cuerpo de niño, pero, ¿serían iguales las proporciones de un adulto? Aunque Clara y yo estábamos bastante flacas, me inquietaba un fenómeno que había comenzado a notar algunas semanas atrás. A causa de nuestra inmovilidad forzada, nuestros cuerpos habían comenzado a retener líquidos. Era muy visible en el caso de mi compañera. En cuanto a mí misma, me costaba más trabajo juzgar, pues no teníamos espejo.

Se lo había mencionado a ella, y esto la había fastidiado profundamente. Ya habíamos intentado escaparnos otras veces y el tema se había convertido en motivo de fricción entre nosotras. Nos hablábamos poco. Ella estaba irritable y yo andaba presa de mi obsesión. No podía pensar en nada que no fuera la libertad, en nada diferente de cómo huir de las garras de las FARC.

Me pasaba el día entero haciendo cálculos. Preparaba en detalle el material necesario para la fuga. Le daba mucha importancia a cosas superfluas. Pensaba, por ejemplo, que no podía irme sin mi chaqueta. Olvidaba que la chaqueta no era impermeable y que, al mojarse, podría pesar toneladas. Me decía, también, que debíamos llevarnos el mosquitero. «...*Hay que ponerle mucho cuidado a lo de las botas. Por la noche, siempre las dejamos en el mismo lugar, a la entrada de la jaula. Hay que empezar a ponerlas adentro, para que se acostumbren a no verlas cuando dormimos... Tenemos que conseguir un machete, para defendernos de las fieras y para abrirnos camino. Va a ser bien difícil. Todos están prevenidos. No han olvidado que logramos quedarnos con uno, cuando estaban construyendo el anterior campamento... Llevar tijeras, a veces nos las prestan. También hay que pensar en las provisiones. Hay que ir haciendo reservas sin que se den cuenta. Todo debe quedar envuelto en tagueos de plástico para cuando nos toque meternos en el río. Es muy importante estar lo más livianas posible. Y me voy a llevar mis tesoros: por nada del mundo dejo las fotos de mis hijos ni las llaves de mi apartamento*».

Me la pasaba el día entero tramando, volteando todo esto una y otra vez en mi cabeza. Mil veces hacía mentalmente el recorrido que debíamos seguir al salir de la jaula. Calculaba todo tipo de parámetros: dónde debía de estar el río, cuántos días necesitaríamos para encontrar ayuda. Imaginaba horrorizada el ataque de una anaconda en el agua, o el de un caimán gigante, como ese que había visto: los ojos rojos y brillantes, bajo el foco de la linterna de un guardia cuando bajábamos por el río. Me veía frenteando un tigre, pues los guardias me habían hecho de ellos una descripción feroz. Trataba de pensar en todo lo que podía producirme miedo, con el fin de prepararme psicológicamente. Estaba decidida a no permitir que nada me detuviera.

No tenía cabeza para nada distinto. Ya no dormía, pues había comprendido que en el silencio de la noche mi cerebro funcionaba mejor. Observaba y tomaba nota de todo: la hora del cambio de guardia, la manera como se ubicaban, quién vigilaba, quién se dormía siempre, quién le daba un informe al siguiente guardia sobre el número de veces que nos levantábamos a orinar...

Además, trataba de mantener el contacto con mi compañera para prepararla al esfuerzo que significaría la huida, las precauciones que debíamos tomar, los ruidos a evitar. Ella me oía exasperada, en silencio, y solo me respondía para refutar algo o expresar su desacuerdo. Ciertos detalles eran importantes. Debíamos preparar un bulto y ponerlo en el lugar donde dormíamos, para que diera la impresión de un cuerpo enroscado en lugar del nuestro. No tenía permiso para alejarme de la jaula, pero podía ir a los chontos¹ a hacer mis necesidades. Esa era la ocasión para mirar a la pasada en el hoyo de los desperdicios, con la esperanza de encontrar allí algún elemento valioso.

¹. Chontos: palabra utilizada por las FARC para designar un hueco cavado en el suelo, usado como letrina. (N. de la A.)

Una noche, volví con una tula que encontré entre los restos de comida en descomposición y con unos pedazos de cartón. Era lo ideal para hacer el bulto. Mi proceder impacientó al guardia. Sin saber si debía prohibirme recuperar aquello que había sido desechado, me ordenó que me apurara y acompañó su orden con un movimiento del fusil. En cuanto a Clara, mi preciado botín le produjo asco, no comprendía para qué podía servir.

Medí entonces cuánto nos habíamos distanciado. Obligadas a vivir la una junto a la otra, reducidas a un régimen de hermanas siamesas, sin tener nada en común, vivíamos en mundos opuestos: ella buscaba adaptarse; yo no pensaba sino en huir.

Después de un día particularmente caliente, empezó a soplar el viento. La selva quedó en completo silencio durante algunos instantes. Ni un solo trinar de aves ni un solo aleteo. Todos miramos hacia el viento, olfateando la lluvia: el aguacero se acercaba a gran velocidad.

El campamento entraba, entonces, en una actividad febril. Cada uno se apresuraba con su tarea: algunos revisaban los nudos de las carpas, otros se iban corriendo a recoger la ropa que se estaba secando en un claro, otros, más previsivos, se iban a los chontos en caso de que la tormenta se prolongara más allá de sus urgencias.

Yo miraba este alboroto con el estómago hecho un nudo, rogándole a Dios que me diera la fuerza para ir hasta el final. «Esta noche seré libre». Me repetía esta frase sin parar, para no pensar en el miedo que me crispaba los músculos y me dejaba vacía y sin fuerzas, al tiempo que ejecutaba con dificultad cada uno de los pasos que había previsto miles de veces en mis horas de insomnio: esperar a que estuviera oscuro para preparar el bulto que iba a dejar en el lugar donde dormía, doblar el plástico negro grande y acuñarlo dentro de la bota, desdoblar el pequeño talego gris que me serviría de poncho contra la lluvia, verificar que mi compañera estuviera lista. Esperar a que se desatara la tormenta.

En mis anteriores intentos había aprendido que el mejor momento para escabullirse era la hora del ocaso, aquella cuando los lobos parecen perros. En la selva llegaba exactamente a las seis y quince de la tarde, y durante algunos minutos, mientras los ojos se adaptaban a la oscuridad y antes de que la noche cayera totalmente, todos quedábamos ciegos.

Yo había rezado para que el aguacero se desgajara a esa hora precisa. Si salíamos del campamento justo antes de que la noche tomara posesión de la selva, los guardias harían sus turnos sin notar nada extraño y solo darían la voz de alerta a la mañana siguiente. Eso nos daría el tiempo necesario para alejarnos y escondernos durante el día. Las cuadrillas de guerrilleros que mandarían para buscarnos podrían desplazarse más rápido que nosotras, pues estaban mejor entrenados y tendrían a su favor la luz del día. Sin embargo, si lográbamos salir sin dejar rastro, mientras más lejos pudiésemos andar, más amplio sería el radio de la búsqueda. En ese caso, necesitarían un número de hombres mucho mayor para cubrir el área de rastreo, que el que vigilaba el campamento. Me decía que podíamos avanzar en la noche, pues no irían a buscarlos en medio de la oscuridad: si lo hacían, la luz de sus linternas los delataría y nos esconderíamos antes de que pudieran dar con nosotras. Al cabo de tres días, caminando toda la noche, estaríamos a unos veinte kilómetros del campamento, y ya no podrían encontrarnos. Ahí empezaríamos a caminar de día, bordeando el río —pero sin acercarnos demasiado, pues lo más probable era que allí concentraran la búsqueda— con la idea de llegar finalmente a algún lugar donde podríamos pedir ayuda. El plan era factible, sí, estaba segura de ello. Pero debíamos salir temprano para tener la mayor cantidad de tiempo posible para caminar esa primera noche y aumentar al máximo nuestra distancia del campamento.

No obstante, aquella noche, la hora propicia había pasado de largo y la tormenta no llegaba. Mientras el viento soplaba sin

parar, ya los truenos retumbaban a lo lejos y cierta calma había vuelto al campamento. El guardia se había envuelto en un gran plástico negro que le daba un aire de guerrero antiguo, desafiando los elementos, la capa al viento. Todos esperaban la llegada de la tormenta con la serenidad de los viejos marinos cuando ya han estibado bien su carga.

Los minutos transcurrían con una lentitud infinita. Un radio en la distancia nos hacía llegar los ecos de una música alegre. El viento seguía soplando, pero los truenos se habían silenciado. De vez en cuando, un relámpago atravesaba la espesura de la selva, y me quedaba impresa en la retina la imagen en negativo del campamento. Hacía fresco, casi frío. Sentía la electricidad que saturaba el espacio y me erizaba la piel. Poco a poco, los ojos se me hinchaban por el esfuerzo de escudriñar en la oscuridad, y sentía pesados los párpados. «Esta noche no va a llover». Sentía la cabeza anquilosada. Clara se había acurrunchado² en su rincón, vencida por el sopor, y yo me sentía caer, aspirada por un sueño profundo.

Una llovizna que se colaba por entre las tablas me despertó. Su contacto me hizo erizar la piel. El traqueteo de las primeras gotas de lluvia sobre el techo de zinc terminó de sacarme del letargo. Toqué el brazo de Clara: era hora de irnos. La lluvia arreciaba a cada instante, haciéndose más densa. Sin embargo, la noche permanecía demasiado clara. La luna no nos estaba ayudando. Miré hacia fuera por entre las tablas: se veía como si fuera de día.

Tendríamos que correr para alejarnos de la jaula y rogar que a ninguno de los que estaban en las carpas vecinas se le ocurriera mirar en ese preciso instante hacia nuestra jaula. Yo seguía pensando. No tenía reloj y solo contaba con el de mi compañera. A ella no le gustaba que le preguntara la hora. Dudé un instante y luego me lancé. «Son las nueve», me respondió, comprendiendo que este no

². Acurrunchar: colombianismo, puede ser también «enroscarse».

era momento para crear tensiones innecesarias. El campamento ya dormía, lo cual era algo bueno. Sin embargo, para nosotras la noche se hacía cada vez más corta.

El guardia luchaba para protegerse del aguacero que caía a cántaros sobre él, el bullicio de la lluvia sobre las tejas de zinc cubría el ruido de mis patadas sobre las tablas podridas. Al tercer golpe, la tabla saltó en pedazos. Pero la hendidura que se abrió no era muy grande.

Saqué el morralito por ahí y lo deposité afuera. Las manos me quedaron empapadas. Sabía que deberíamos pasar días enteros mojadas hasta la médula, y eso se me había convertido en un pensamiento repulsivo. Me dio rabia conmigo misma al pensar que cualquier noción de comodidad podía interponerse en mi lucha por la libertad. Me parecía ridículo perder tanto tiempo convenciéndome de que no me iba a enfermar, que la piel no se me iba a caer a pedazos después de tres días a la intemperie. Me decía que mi vida había sido demasiado fácil, y que estaba condicionada por una educación en donde las prescripciones de prudencia eran una manera de disfrazar el miedo. Yo observaba a estos muchachos, hombres y mujeres, que me tenían prisionera y no podía evitar admirarlos. No sentían frío; no sentían calor; nada les picaba; demostraban una habilidad asombrosa para todas las actividades que requerían fuerza y flexibilidad, y avanzaban por la selva tres veces más rápido que yo. Los temores que debía superar se alimentaban con toda clase de prejuicios. Mi primer intento de fuga había fracasado porque me daba miedo morirme de sed, rehusando beber el agua sucia de los charcos. Desde hacía ya meses me había dado a la tarea de tomar el agua fangosa del río, para demostrarme a mí misma que no me iba a morir por culpa de los parásitos que a estas alturas ya debían haber colonizado mis intestinos.

Entre otras, sospechaba, que el comandante del frente que me había capturado, el «Mocho» César, había dado la consigna de «her-

vir el agua para las prisioneras» delante de mí, con el fin de mantenerme mentalmente dependiente de esta medida de asepsia, y que me diera miedo alejarme del campamento y adentrarme en la selva.

Con el propósito de alimentar nuestro miedo a la jungla, dieron la orden de llevarnos a la orilla del río, para que viéramos cómo mataban una serpiente gigantesca que habían atrapado cuando iba a atacar a una guerrillera que se bañaba en el caño. El animal era un auténtico monstruo. Lo medí caminándolo: tenía ocho metros de largo y cincuenta y cinco centímetros de ancho, es decir, medía lo que yo de cintura. Se necesitaron tres hombres para sacarlo del agua. Los guerrilleros lo llamaban *giiúo*, en tanto que para mí era una anaconda. Querían que lo viera con mis propios ojos. No pude hacer nada para espantar el animal de mis pesadillas, durante meses me persiguió.

Veía a estos jóvenes moverse por la selva como pez en el agua y me sentía torpe, inválida y desgastada. Comenzaba a percibir que lo que estaba en crisis era la idea que tenía de mí misma. En un mundo donde yo no inspiraba respeto ni admiración, sin la ternura y el afecto de los míos, me sentía envejecer sin apelación o, peor aún, me sentía condenada a detestar a la persona en que me había convertido, tan dependiente, tan tonta y tan inútil para resolver los pequeños problemas del diario vivir.

Observé durante algunos instantes más la estrecha abertura y, al otro lado, el telón de lluvia que nos esperaba. Clara estaba acurrucada a mi lado. Me volteeé hacia la puerta de la jaula. El guardia había desaparecido bajo las cortinas de agua. Todo estaba estático, salvo la lluvia que caía del cielo a borbotones, sin compasión. Mi compañera se volteó hacia mí. Nuestras miradas se cruzaron. Nos cogimos de las manos, agarradas la una a la otra, hasta el dolor.

Teníamos que irnos. Me solté de ella, me alisé la ropa y me puse bocabajo junto al hueco. Pasé la cabeza por entre las tablas

con una facilidad que me dio ánimos, luego los hombros. Me retorcí para hacer avanzar el cuerpo. Me sentí atascada y me moví nerviosamente para sacar un brazo. Cuando lo tuve afuera, empujé con la fuerza de mi mano libre, hundiendo las uñas en el suelo, y logré liberar todo el torso. Me arrastré hacia adelante con una contorsión dolorosa de las caderas para que el resto del cuerpo cupiera de lado por la hendidura. Sentí entonces que el fin de mis esfuerzos estaba próximo y empecé a patallar, buscando desesperadamente liberarme. Por fin salí. Me puse de pie de un salto. Me corrí dos pasos de lado para dejarle espacio a mi compañera para salir.

Pero no había ningún movimiento al otro lado del hueco. ¿Qué hacía Clara? ¿Por qué no estaba afuera? Me agaché para mirar hacia adentro, pero no se veía nada. Nada salvo la oscuridad uterina de la brecha que me producía aprensión. Me arriesgué a susurrar su nombre. No hubo respuesta. Metí una mano dentro y tanteé el suelo. Nada. Las náuseas me apretaron la garganta. Me volteé, todavía agachada, escrutando alrededor mío cada milímetro de mi campo de visión, esperando ver a los guardias abalanzarse sobre mí. Quise adivinar cuánto tiempo había transcurrido desde que salí. ¿Cinco minutos? ¿Diez minutos? No tenía la menor idea. Pensaba a toda velocidad, indecisa, pendiente del menor ruido, de cualquier luz. Por última vez, acurrucada frente al hueco, llamé a Clara, esta vez lo suficientemente fuerte como para que pudiera oírme desde el otro extremo de la jaula, pero presintiendo ya, de alguna manera, que no habría respuesta.

Me puse de pie. Frente a mí la selva tupida, y esta lluvia torrencial, en respuesta a todas mis oraciones de los días anteriores. Ya estaba afuera y no había marcha atrás. Estaría sola. Debía irme rápido. Me aseguré de que el caucho con el que me había recogido el pelo estaba en su sitio, pues no quería que la guerrilla encontrara el menor rastro del camino que iba a tomar. Conté despacio: uno... dos... a la cuenta de tres salí volando derecho, hacia la selva.

Corría y corría, presa de un pánico incontrolable, esquivando los árboles por reflejo, incapaz de oír o de pensar, avanzando hasta el agotamiento.

Por fin me detuve a mirar hacia atrás. Todavía alcanzaba a ver el linde de la selva, como una claridad fosforescente más allá de los árboles. Cuando mi cerebro comenzó a funcionar de nuevo, me di cuenta de que estaba volviendo mecánicamente sobre mis pasos, incapaz de resignarme a irme sin ella. Reconstruí en mi cabeza cada una de nuestras conversaciones, repasando las consignas que habíamos acordado. Recordaba una en particular y me aferraba a ella con esperanza: si nos perdíamos a la salida, nos reencontraríamos en los chontos. Lo habíamos mencionado una vez, rápidamente, sin darle demasiada importancia.

Por suerte, mi sentido de orientación en la selva parecía funcionar. Podía perderme en una gran ciudad de calles en cuadrícula, pero en la selva era capaz de ubicar el norte. Salí preciso al nivel de los chontos. Como era de esperarse, allí no había nadie. El lugar estaba desierto. Miré con asco el frenesí de bichos encima de los huecos llenos de excrementos, y mis manos sucias y mis uñas negras de barro y esa lluvia que no paraba. No sabía qué hacer, al borde de caer en la desesperación.

Escuché voces y me devolví a refugiarme en el espesor de la selva. Traté de ver qué pasaba en el campamento y le di la vuelta para acercarme a la jaula, sin que nadie me viera, hasta quedar frente al lugar de donde había salido. La tormenta había amainado y ahora caía una llovizna pertinaz, que dejaba viajar los sonidos. Alcancé a oír la voz del comandante. Era imposible saber lo que decía, pero estaba claro que el tono era amenazante. Una linterna iluminó el interior de la jaula. Luego, el haz de luz se proyectó violentamente por la quebradura de las tablas y se paseó por el claro de izquierda a derecha, pasando a algunos centímetros de mi escondite. Di un paso hacia atrás. Estaba sudando a chorros,

tenía el corazón al galope y sentía unas fuertes ganas de vomitar. Fue entonces cuando escuché la voz de Clara. En lugar del calor que me asfixiaba, sentí un frío mortal. Empecé a temblar de pies a cabeza. No entendía qué había podido pasar. ¿Por qué la habían agarrado? Aparecieron otras luces, se escucharon otras órdenes y un grupo de hombres provistos de linternas se dispersó: algunos inspeccionaban el contorno de la jaula, las esquinas, el techo. Miraron detenidamente el hueco y luego dirigieron las luces a la selva. Hablaban entre ellos en voz alta.

La lluvia se detuvo por completo y la selva quedó oscura como boca de lobo. Adivinaba la silueta de mi compañera en el interior de la jaula, a unos treinta metros de donde yo estaba escondida. Acababa de encender una vela, lo que era un privilegio inusual: siendo prisioneras, nos estaba prohibido tener luz. Estaba con alguien, pero no era el comandante. Hablaban en voz pausada, como contenida.

Sola, empapada y temblando de frío, contemplaba ese mundo que ya no me era accesible. Era tan fácil, tan cómodo, tan tentador declararme vencida para volver a ese lugar caliente y seco. Contemplé ese espacio de luz, diciéndome que no debía afligirme por mi suerte, y me repetía: «¡Tengo que irme, tengo que irme, tengo que irme!».

Dolorosamente me desprendí de la luz. Me adentré en la espesa oscuridad. Había empezado a llover de nuevo. Ponía las manos delante de mí para evitar los obstáculos. No había logrado hacerme a un machete, pero sí había podido conseguir una linterna. El riesgo de prenderla era tan grande como el susto de usarla. Avanzaba lentamente en medio de ese espacio amenazante, diciéndome que solo la prendería cuando de verdad ya no pudiera dar un paso más. Mis manos encontraban superficies húmedas, rugosas y viscosas, y a cada instante esperaba recibir la descarga de una quemadura de veneno letal.

El aguacero arreció de nuevo. Se oía el estruendo de la lluvia golpeando contra las capas de vegetación que me protegerían todavía durante algunos minutos. Esperaba segundo a segundo que mi frágil techo de hojas terminara cediendo bajo el peso del agua. La perspectiva del diluvio, que no tardaría en caerme encima, me agobiaba. Ya no sabía si lo que rodaba por mis mejillas eran gotas de agua o mis propias lágrimas, y me exasperaba tener que arrastrar conmigo ese vestigio de criatura sollozante.

Ya me había alejado bastante. Un rayo desgarró el manto oscuro de la selva y cayó a pocos metros de mí. En un abrir y cerrar de ojos divisé con horror el espacio circundante. Rodeada de árboles gigantescos, estaba a dos pasos de caer por un barranco. Me detuve en seco, completamente enceguecida. Me acurruqué para recuperar el aliento entre las raíces del árbol que tenía delante de mí. Estaba a punto de sacar por fin la linterna cuando divisé a lo lejos unos rayos de luz que surgían con intermitencia y que se dirigían hacia mí. Ahora alcanzaba a oír las voces de los hombres que me buscaban. Debían venir muy cerca, oí a uno decir que me había visto. Me agazapé entre las raíces de mi viejo árbol, rogándole a Dios que me volviera invisible.

Seguía la dirección de sus pasos gracias al vaivén de los chorros de luz. Uno de ellos se acercó bastante. Apuntó con su linterna hacia mí y me encandelilló. Cerré los ojos, petrificada, esperando escuchar sus aullidos de victoria, antes de que me saltaran encima. Mas los rayos de luz me abandonaron, se pasearon más lejos, volvieron un instante y se alejaron definitivamente dejándome en el silencio y la oscuridad.

Me levanté dudosa, frágil, temblando todavía, y me apoyé contra el árbol centenario para volver a recuperar el aliento. Me quedé así un tiempo largo. Un nuevo rayo rasgó el cielo e iluminó la selva en un segundo. De memoria, me abrí un camino por donde había creído avistar un paso entre dos árboles, esperando que otro

rayo me sacara nuevamente de la ceguera. Los guardias no estaban más ahí.

Ahí mismo mi relación con ese mundo de la noche empezaba a cambiar. Avanzaba más fácilmente, mis manos reaccionaban con mayor agilidad y mi cuerpo aprendía a anticipar más rápido los accidentes del terreno. La sensación de horror comenzaba a disiparse. El medio que me rodeaba ya no me era totalmente hostil. Percibía esos árboles, esas palmas, esos helechos, esa maleza trepadora como un posible refugio. De un momento a otro, la angustia que me producía mi situación, el hecho de estar empapada, de tener las manos y los dedos ensangrentados, de estar cubierta de barro, de no saber adónde ir, todo eso parecía menos importante. Podía sobrevivir. Debía seguir caminando, seguir en movimiento, alejarme. Al amanecer volverían a iniciar la persecución. Mas en el calor de la acción, me repetía «soy libre», y mi voz me hacía compañía.

Imperceptiblemente, la selva se hizo más familiar, pasando del mundo oscuro y plano de los ciegos, a un terreno de relieves monocromos. Las formas se hicieron más definidas y finalmente los colores volvieron a tomar posesión del universo: era el alba. Tenía que encontrar un buen escondite.

Apreté el paso, imaginando los reflejos de los guerrilleros y tratando de adivinar sus pensamientos. Quería encontrar un desnivel en el terreno que me permitiera envolverme en mi gran plástico negro y taparme con hojas. En pocos minutos, la selva pasó del azul grisáceo al verde. Debían de ser las cinco de la mañana. Sabía que los tendría en mis talones en cualquier momento. Sin embargo, la selva parecía tan cerrada. Ni un solo ruido, ni un solo movimiento. El tiempo había quedado suspendido.

Me resultaba difícil mantenerme en estado de alerta, engañada por la sensación tranquilizadora que daba la luz del día. Aún así, seguí avanzando con precaución. De repente, sin previo aviso, una gran claridad reventó el espacio. Intrigada, me di media vuelta. A

mis espaldas, la selva tenía la misma opacidad. Comprendí, entonces, lo que anunciaba este fenómeno: a pocos pasos, los árboles se abrían para darles paso al cielo y al agua.

Ahí estaba el río. Yo lo veía correr, encabritado, arrastrando con furia árboles enteros que parecían pedir ayuda. El agua bajando a borbotones me acobardó. Había, no obstante, que lanzarse al agua y dejarse llevar. Ese era el precio de la salvación.

Permanecí inmóvil. La ausencia de un peligro inminente reprimió mis instintos de supervivencia y atendí la voz de la prudencia para no tirarme al agua. La cobardía tomaba forma. Aquellos troncos que giraban en el agua y desaparecían para salir a flote más adelante, con sus ramas extendidas hacia el cielo, eran yo misma. Me veía sumergida en ese mar de barro. Mi cobardía inventaba pretextos para aplazar mi partida. Con mi compañera, probablemente no habría dudado; habría visto en esos troncos que arrastraba la corriente unos flotadores salvavidas. Pero tenía miedo. Era un miedo hecho de una serie de patéticos pequeños miedos lamentables. Miedo de volver a estar empapada, ahora que había logrado calentarme con la caminata. Miedo de perder el morral con las escasas provisiones que contenía. Miedo de que la corriente me arrastrara. Miedo de estar sola. Miedo de tener miedo. Miedo de morir estúpidamente.

En medio de esta reflexión que me dejaba vergonzosamente desnuda ante mis propios ojos, comprendí que no era más que un ser mediocre y cualquiera. No había sufrido aún lo suficiente para albergar en las entrañas la rabia necesaria para luchar a muerte por mi libertad. Seguía siendo un perro que, a pesar de los golpes, esperaba su hueso. Miré a mi alrededor, nerviosamente, para encontrar un hueco donde esconderme. Los guardias también llegarían al río y buscarían aquí más que en cualquier otra parte. ¿Regresar a la espesura de la selva? Ya debían de estar siguiéndome el rastro y corría el riesgo de encontrármelos cara a cara.

En la orilla del río había manglares y viejos troncos medio podridos, vestigios de tormentas anteriores. Había uno en particular, de difícil acceso, pero que tenía una hendidura profunda en un costado. Las raíces de los mangles formaban un cerco a su alrededor y lo ocultaban a la vista. Logré llegar al hoyo poniéndome a gatas, y luego arrastrándome y retorciéndome. Lentamente, desdoblé el gran plástico que llevaba en la bota desde un comienzo. Mis medias estaban empapadas, y el plástico también. Lo sacudí mecánicamente y quedé aterrada con el ruido que acababa de hacer. Me detuve en seco y contuve el aliento, para tratar de percibir el menor movimiento en las cercanías. La selva se estaba despertando y el zumbido de los insectos se hacía más fuerte. Más tranquila, retomé la tarea de esconderme bien en la cavidad del tronco, envuelta en mi plástico.

Entonces la vi. Yiseth.

Estaba de espaldas. Había llegado trotando. No llevaba fusil, pero empuñaba un revólver. Tenía puesta una camiseta sin mangas, en tela de camuflado, cuya feminidad le daba un aspecto inofensivo. Se dio media vuelta lentamente y sus ojos se encontraron al instante con los míos. Los cerró un segundo, como para dar gracias al cielo, y se acercó con cautela.

Con una sonrisa triste, me tendió la mano para ayudarme a salir de mi guarida. Yo no tenía otra alternativa. Obedecí. Fue ella quien me dobló cuidadosamente el plástico y me lo aplanó para que lo volviera a meter dentro de la bota. Asintió con la cabeza. Luego, satisfecha, se dirigió a mí como hablándole a un niño. Sus palabras eran extrañas. No tenía el discurso propio de los guardias, siempre cuidadosos de no dejarse coger en flagrancia por algún camarada. En un momento, mirando hacia el río como si hablara consigo misma en voz alta, sus palabras se volvieron tristes y terminó confesándome que ella también había pensado varias veces en escaparse. Le hablé entonces de mis hijos, de mi necesidad de

estar con ellos, de mi urgencia de volver a mi hogar. Ella me contó que había dejado a su bebé en casa de su madre, a los pocos meses de nacido. Se mordía los labios y sus ojos negros se llenaban de lágrimas. «Vámonos juntas», le propuse. Me agarró las manos y su mirada volvió a ser fría. «Ellos nos encuentran y nos matan». Le supliqué, apretándole las manos con más fuerza y obligándola a mirarme. Se rehusó tajantemente, volvió a coger su arma y me miró sesgado: «Si me ven hablando con usted me matan. Están aquí cerca. Camine delante de mí y oiga bien lo que le voy a decir». Yo obedecí, recogí mis cosas y me tercié el morral. Ella se pegó a mí y me susurró al oído: «La orden del comandante es maltratarla. Cuando lleguen, la van a gritar, la van a insultar, la van a empujar. No vaya a responderles. No diga nada. Quieren castigarla. Se la van a llevar... solo hombres. Las mujeres tenemos orden de volver al campamento. ¿Me copia?».

Sus palabras resonaban en mis sienes como en conchas vacías. Tenía la impresión de oír un idioma extraño. Hacía un gran esfuerzo de concentración, tratando de ir más allá de los sonidos, pero la angustia me había paralizado el cerebro. Caminaba sin saber que caminaba, miraba el mundo desde dentro, como un pez en un acuario. La voz de esta muchacha me llegaba deformada, con intermitencias, se apagaba y volvía. Sentía la cabeza muy pesada, como atrapada en una prensa. Tenía la lengua cubierta por una pasta seca que la mantenía pegada al paladar, y mi respiración se había hecho profunda y pesada. Yo caminaba y el mundo subía y bajaba al ritmo de mis pasos. Los latidos amplificadas de mi corazón llenaban mi espacio interior, poniendo mi cráneo a vibrar.

No los vi llegar. Aparecieron sorpresivamente. Uno de ellos empezó a dar vueltas a mi alrededor, la cara roja, como la de un marranito, y de pelo rubio y erizado. Sostenía en alto su fusil con el brazo estirado; saltaba y gesticulaba, entregado a una danza guerrera ridícula y violenta.

Un golpe en las costillas me hizo comprender que había otro más, un hombre de baja estatura, de pelo oscuro, con los hombros anchos y las piernas corvas. Acababa de clavarme el cañón de su fusil un poco más arriba de la cintura y hacía el ademán de contenerse como para no repetir el golpe. Gritaba y escupía, insultándome con palabras soeces y absurdas.

Al tercero no podía verlo: iba empujándome por la espalda. Su risa perversa parecía excitar a los otros dos. Me arrancó el morral y lo desocupó en el suelo, escarbando con la punta de la bota entre los objetos que él sabía eran valiosos para mí. Se reía y los hundía entre el barro con el pie, para obligarme a recogerlos y volverlos a meter en el morral. Estaba arrodillada cuando percibí entre sus manos el brillo de un objeto metálico. Distinguí entonces el repiqueteo de la cadena y me puse de pie de un salto para mirar al hombre a la cara. La joven seguía junto a mí, agarrándome con fuerza del brazo y obligándome a caminar. El pelado que se reía le hizo una seña para que se fuera. Ella se encogió de hombros, evitó mi mirada y me abandonó.

Yo estaba tensa y ausente. Sentía en las sienes los latidos de mi corazón. Habíamos avanzado algunos metros; la tormenta había hecho subir el nivel del agua y había transformado el lugar. Se había convertido en un embalse lleno de árboles obstinados en quedarse allí. Al otro lado, más allá de las aguas estancadas, se adivinaba la violencia de la corriente por el temblor constante de los arbustos.

Los hombres daban vueltas a mi alrededor aullando. El repique de la cadena se hacía cada vez más insistente. El pelado jugaba con ella para darle vida, como a una serpiente. Me prohibí cualquier contacto visual, intentando mantenerme por encima de esta agitación, pero mi visión periférica alcanzaba a captar gestos y movimientos que me helaban la sangre.

Yo era más alta que ellos. Caminaba con la cabeza erguida y el cuerpo tenso de indignación. Sabía que no podía hacer nada contra

estos hombres, pero que ellos todavía lo ponían en duda. Tenían más miedo que yo, podía sentirlo. Más ellos tenían a su favor el odio y la presión del grupo. Bastaba un gesto para que se rompiera este equilibrio en el cual la ventaja todavía seguía siendo mía.

Oí al tipo de la cadena dirigirse a mí. Repetía mi nombre con una familiaridad insultante. Yo decidí que no podrían hacerme daño. Pasara lo que pasara, no tendrían acceso a la esencia de mí misma. Debía agarrarme a esta verdad fundamental. Si podía mantenerme inaccesible, podría evitar lo peor.

La voz de mi padre me llegó de muy lejos, y una sola palabra me vino a la cabeza, en letras mayúsculas. Descubrí con horror que la palabra había quedado vaciada de su significado. No se refería a ninguna noción concreta, salvo a la imagen de mi padre, de pie, con los labios apretados, con la mirada íntegra. La repetía una y otra vez en mi cabeza como una oración, como un conjuro mágico que podría, tal vez, deshacer el maleficio. *DIGNIDAD*. No significaba nada, pero repetir esta palabra me era suficiente para adoptar la actitud de mi padre, como un infante que copia las expresiones de un adulto, y sonrío o llora no porque sienta alegría o dolor sino porque las expresiones que reproduce, despiertan en él las emociones que sus gestos están supuestos manifestar.

Mediante este juego de espejos comprendí, sin que mi reflexión participara en ello, que había ido más allá del miedo y murmuré: «Hay cosas más importantes que la vida».

Mi rabia me abandonó, abriéndole campo a una frialdad total. La alquimia que se obraba en mí, imperceptible desde el exterior, había sustituido la rigidez de mis músculos con una fuerza del cuerpo que se preparaba para hacer frente a los golpes de la adversidad. No era resignación, ¡para nada! Tampoco era una fuga incontrolada para terminar metida en la boca del lobo. Ahora tenía la atención fija en mi actitud, observándome desde dentro, midiendo mi fuerza y mi resistencia, ya no por mi capacidad para dar

golpes, sino para recibirlos, como una embarcación martirizada por el embate de las olas, pero que no naufraga.

El muchacho se acercó y con un gesto veloz trató de ponerme la cadena al cuello. Yo lo esquivé instintivamente y terminé un paso de lado donde no podía alcanzarme. Los otros dos, sin atreverse a avanzar, lanzaban invectivas para animarlo a que volviera a intentarlo. Herido en su orgullo, se retenía como una fiera, calculando el momento preciso para atacar de nuevo. Nuestras miradas se cruzaron. Él debió de leer en la mía la determinación que tenía de evitar la violencia, y debió interpretarla como insolencia. Se me abalanzó y me dio un golpe seco en el cráneo con la cadena. Caí de rodillas. El mundo me daba vueltas. Me agarré la cabeza con las manos y vi todo negro; luego aparecieron estrellas bailando de manera intermitente ante mis ojos, antes de recuperar una visión normal. Sentía un dolor intenso, duplicado por una tristeza enorme que me invadía por pequeñas oleadas a medida que iba tomando conciencia de lo que acababa de ocurrir. ¿Cómo había podido hacer eso? No era en absoluto indignación lo que sentía. Era algo peor: la pérdida de la inocencia. Mi mirada se cruzó de nuevo con la suya. Tenía los ojos inyectados de sangre y un rictus que le deformaba las comisuras de los labios. Mi mirada le resultaba insoportable: quedaba puesto al desnudo ante mí. Lo sorprendí mirándome con el horror que le producían sus propios actos, y la idea de que yo pudiera ser un reflejo de su propia conciencia lo volvía loco.

Retomó compostura y, como para borrar toda huella de culpabilidad, volvió a iniciar la tarea de ponerme la cadena al cuello. Yo repelía sus movimientos con firmeza, evitando hasta donde fuera posible el contacto físico. Cogió impulso y de nuevo me asestó la cadena encima, con un gruñido ronco que duplicaba la fuerza del golpe. Caí inerte en la oscuridad y perdí la noción del tiempo. Sabía que mi cuerpo estaba siendo objeto de la violencia de estos

hombres. Escuchaba sus voces a mi alrededor cargadas con el eco de los túneles.

Me sentía víctima de un asalto, entre convulsiones, como si estuviera metida en un tren a gran velocidad. Me parece que no perdí el conocimiento, pero aunque creo haber mantenido los ojos bien abiertos, los golpes que me dieron me impidieron ver. Mi cuerpo y mi corazón permanecieron congelados durante el breve espacio de una eternidad.

Cuando finalmente logré sentarme, tenía la cadena alrededor del cuello y el tipo me halaba dando tirones para obligarme a seguirlo. Babeaba cuando me gritaba. El regreso al campamento me pareció interminable, bajo el peso de mi humillación y de sus sarcasmos. Un guerrillero, delante de mí, los otros dos, detrás, iban hablando fuerte e intercambiando gritos de victoria. No tenía ganas de llorar. No era una cuestión de orgullo. Era simplemente un desprecio necesario para verificar que la crueldad de estos hombres y el placer que obtenían de ella no habían arruinado mi alma.

Durante el tiempo suspendido de este recorrido sin fin, sentí que me fortalecía a cada paso, pues era más consciente de mi extremada fragilidad. Sometida a todas las humillaciones, llevada de cabestro como un animal, atravesando todo el campamento en medio de los gritos de victoria del resto de la tropa, incitando los más bajos instintos de abuso y dominación, acababa de ser testigo y víctima de lo peor.

Por ello, sobrevivía en una lucidez recién adquirida. Sabía que, de cierta forma, había ganado más de lo que había perdido. No habían logrado hacer de mí un monstruo sediento de venganza. Del resto no estaba muy segura. Suponía que el dolor físico llegaría con el descanso y me preparaba para la aparición de los tormentos del espíritu. Pero ya sabía que tenía la capacidad de liberarme del odio, y veía en ello mi conquista más preciada.

Llegué a la jaula, vencida, pero sin duda más libre que antes, habiendo tomado la decisión de encerrarme en mí misma, de esconder mis emociones. Clara estaba sentada de espaldas, mirando a la pared, delante de un tablón que hacía las veces de mesa. Se dio media vuelta. Su expresión me desconcertó, adiviné un brote de satisfacción que me hirió. La rocé al pasar, sintiendo de nuevo, la enorme distancia que nos separaba. Busqué mi rincón para refugiarme bajo el mosquitero sobre mi estera, evitando pensar mucho, pues no estaba en condiciones de hacer evaluaciones certeras. Por el momento, me aliviaba ver que no habían considerado necesario asegurar el otro extremo de la cadena a la jaula con un candado. Sabía que lo harían más tarde. Mi compañera no me hizo ninguna pregunta y yo se lo agradecí. Al cabo de un largo momento de silencio me dijo simplemente: «A mí no me van a poner ninguna cadena al cuello».

Me desplomé en un sueño profundo, enroscada sobre mí misma como un animal. Las pesadillas habían vuelto, pero habían cambiado de esencia. Ya no era Papá con quien me reencontraba cuando me dormía; era yo, completamente sola, ahogándome en un agua estancada y profunda. Veía los árboles que me miraban, con las ramas arqueándose hacia la superficie trémula. Sentía el agua palpar como si estuviera viva, y luego perdía de vista los árboles y sus ramas, hundiéndome en el líquido salobre que me aspiraba, cada vez más profundamente, mi cuerpo dolorosamente extendido hacia la luz, hacia ese cielo inaccesible, a pesar de mis esfuerzos para liberarme los pies y ascender a la superficie a tomar aire.

Me desperté agotada y bañada en sudor. Abrí los ojos y vi a mi compañera. Me miraba atentamente. Viendo que había salido del sueño, continuó con su trabajo.

—¿Por qué no me seguiste?

—La guardia prendió una linterna cuando yo iba a salir. Seguramente oyó ruido... y yo había hecho mal el bulto. Ella se dio cuenta enseguida que yo no estaba en la cama.

—¿Quién era?

—Era Betty.

No quería saber más. De alguna manera le tenía resentimiento por no haber tratado de averiguar qué me había pasado. Pero por otro lado me aliviaba no tener que hablar de cosas que me dolían demasiado. Sentada en el suelo, con esa cadena en el cuello, repasé todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. ¿Por qué había fracasado? ¿Por qué estaba de nuevo en esa jaula, cuando había estado libre, totalmente libre, a lo largo de esa noche fantástica?

Me obligué a pensar en los instantes agobiantes que acababa de vivir en los pantanos. Hice un esfuerzo sobrehumano para obligarme a abrir los ojos sobre el ensañamiento bestial de esos hombres. Quise darme el permiso de poner palabras sobre lo vivido, para cauterizar mis heridas y limpiarme.

Mi cuerpo se rebelaba. Recogí rápidamente los varios metros de cadena tirados a mis pies, salí de un brinco de la jaula, y presa de pánico le pedí al guardia permiso de ir a los chontos. Él no se tomó la molestia de responderme, sabiendo que yo seguiría de largo, cubriendo a grandes pasos la distancia que me separaba del lugar que nos servía de letrinas. Mi cuerpo guardaba en memoria este trayecto y sabía que no alcanzaría a llegar. Lo inevitable ocurrió un metro antes de tiempo. Me agaché al pie de un árbol joven y vomité hasta las tripas. Quedé con el estómago vacío, sacudida por contracciones secas y dolorosas, que no dejaban subir ya nada. Me sequé la boca con el revés de la mano y miré hacia el cielo ausente. No había más que verde. El follaje cubría el espacio en forma de domo. Ante la inmensidad de esta naturaleza, me sentía encoger aún más, con los ojos humedecidos por el esfuerzo y la desesperanza.

«Tengo que lavarme».

Faltaba mucho para la hora del baño, demasiado para alguien que no tenía nada mejor que hacer que rumiar su repugnancia.

Tenía puesta la ropa empapada de la víspera y olía espantosamente mal. Quería hablar con el comandante, pero sabía que se negaría a recibirme. Sin embargo, la idea de molestar a un guardia me dio la energía para sacudirme la apatía y formular mi petición. Por lo menos, se sentiría molesto de tener que darme una respuesta.

El guardia me observaba con desconfianza, esperando a que yo le hablara. Había enderezado su Galil por precaución, apoyándose contra el estómago, una mano sobre el cañón y la otra sobre la culata, en posición de alerta.

—Acabo de vomitar.

—...

—Necesito una pala para tapar.

—...

—Dígale al comandante que necesito hablarle.

—Vuelva a la jaula. No tiene permiso pa' salir.

Obedecí. Lo veía que reflexionaba a toda velocidad, desconfiado, asegurándose de que yo me hubiera alejado lo suficiente del puesto de vigilancia. Luego, con aire autoritario y un gesto tosco, hizo el ademán de llamar al guerrillero más a la mano. El otro se acercó sin prisa. Los vi cuchichear al tiempo que me miraban de soslayo. El segundo hombre se fue. Volvió con un objeto que escondía en la mano.

Al llegar al pie de la jaula, saltó ágilmente al interior. Tomó con rapidez el extremo libre de mi cadena, le dio vuelta a una viga y lo aseguró con un gran candado.

Estaba claro que esta cadena que llevaba al cuello, más allá del peso y la molestia constante que representaba, era también testificación de debilidad: tenían miedo de que yo lograra escaparme de veras. Me parecían deplorables, con sus fusiles, sus cadenas, su gran número de guardias, todo eso para hacerles frente a dos mujeres indefensas. Eran cobardes en su violencia, medrosos en una crueldad que se ejercía bajo el manto de la impunidad y sin testi-

gos. Las palabras de la joven guerrillera me volvieron a la mente. No las había olvidado. Había querido advertirme que era una orden. Me lo había dicho.

¿Cómo era posible que se diera una orden así? ¿Qué podía pasar por la cabeza de un hombre que les exigía eso a sus subalternos? Sentía que me había vuelto tonta en esta selva como si en ese entorno hostil hubiese perdido buena parte de mis facultades. Era esencial para mí abrir una puerta que me ayudara a reencontrar mi lugar en el mundo, o mejor, a reencontrar el lugar del mundo en mí.

Yo era una mujer adulta, con la cabeza en su puesto. ¿Lograr comprender me sería de algún alivio? Tal vez no. Hay órdenes que se deben desobedecer, pase lo que pase. Obviamente, la presión del grupo pesaba mucho. No solamente la de los tres hombres entre ellos, que habían recibido la orden de traerme y castigarme, y que los había llevado a encarnizarse en su barbarie, sino también la presión del resto de la tropa, que los aclamaría si habían cumplido bien su tarea de maltratarme. No eran ellos, era la imagen que querían tener de sí mismos, lo que había resultado fatal para mí.

Alguien pronunció mi nombre y me sobresalté. El guardia estaba de pie frente a mí. No lo había oído venir. Abrió el candado. Yo seguía sin entender qué pasaba. Lo vi arrodillarse y ponerme la cadena formando un ocho entre mis pies; luego la cerró con el mismo candado enorme. Desilusionada, hice el ademán de volver a sentarme, lo que lo fastidió. Entonces se dignó informarme que el comandante me quería ver. Lo miré con los ojos desorbitados y le pregunté cómo pretendía que caminara con esos hierros entre las piernas. Me agarró del brazo para ponerme de pie y me sacó a empujones de la jaula. Todo el campamento estaba en primera fila para asistir al espectáculo.

Miraba mis pies, pendiente de coordinar mis pasos y de evitar cruzar alguna mirada. El guardia me ordenó apurarme, dándoselas delante de sus camaradas. No respondí, y como era evidente que

no tenía intención de obedecerle, se puso realmente molesto, preocupado de no quedar como un idiota delante de sus compañeros.

Llegué al otro extremo del campamento donde estaba la carpa del comandante Andrés. Trataba de adivinar cuál sería el tono que escogería para esta audiencia tan particular.

Andrés era un hombre que acababa de llegar a la madurez, tenía los rasgos finos y la piel tostada. Nunca me había resultado completamente antipático, a pesar del hecho de que desde el primer día en que había asumido el comando se había empeñado en hacerse inaccesible. Adivinaba en él un fuerte complejo de inferioridad. No lograba salir de su desconfianza enfermiza sino cuando la conversación se desviaba hacia las cosas de la vida. Estaba locamente enamorado de una jovencita bonita y sedienta de poder, que lo manejaba con el dedo chiquito. Era evidente que ella se aburría con él, pero el hecho de ser la mujer del comandante le permitía gozar de los lujos de la selva; la muchacha reinaba sobre sus compañeros, y, como si fuera una consecuencia directa de ello, iba engordando a la vista. ¿Pensaba el comandante que yo podía serle útil para descifrar los secretos de ese corazón femenino que él buscaba poseer más que cualquier otra cosa? El hecho es que dos veces había venido a hablar conmigo, dando rodeos sin atreverse a poner sobre la mesa sus preocupaciones. Yo lo ayudaba a sentirse cómodo, a hablar de su vida, a hacer confidencias. De cierta forma, eso me daba la sensación de ser útil.

Andrés era, ante todo, un campesino. Su gran orgullo residía en haber logrado adaptarse a las exigencias de la guerrilla. Menu-do pero fornido, sabía hacer mejor que cualquiera lo que le exigía a su tropa. Se ganaba el respeto de sus subalternos rectificando él mismo lo que ellos hacían mal. Su superioridad se fundaba en la admiración que generaba entre la muchachada. Pero tenía dos debilidades: el alcohol y las mujeres.

Lo encontré desgualetado en su caleta, entregado a hacerse cosquillas con Jessica, su compañera, cuyas carcajadas resonaban más allá del río. Sabía que yo estaba ahí, pero no tenía la menor intención de suspender la diversión por mí. Esperé pues, hasta que se le diera la gana. Andrés terminó por voltearse, echándome una mirada con estudiado desprecio, para preguntarme qué era lo que yo quería.

«Desearía hablarle, pero me parece que sería mejor que estuviéramos solos». Andrés se sentó, se pasó las manos por el pelo y finalmente le pidió a su compañera que nos dejara solos. Ella obedeció con desgano, haciendo una mueca con la boca y tomándose su tiempo. Después de unos minutos, le ordenó al guardia que me había llevado irse también. Finalmente, me dirigió la mirada.

La animosidad y la dureza que Andrés exhibía querían significar que no era en absoluto sensible al espectáculo de la criatura arrasada y encadenada que tenía frente a sí. Nos evaluábamos mutuamente. Era incómodo asistir a una escena en la que yo era el eje central y que ponía al desnudo todos los engranajes de los mecanismos humanos. Sabía que muchas cosas entraban en juego, como las ruedas dentadas de un reloj que dependen las unas de las otras para ejecutar el movimiento. En primer lugar, yo era mujer. El comandante habría podido mostrarse indulgente ante un hombre, y ese gesto de nobleza habría contribuido a aumentar su prestigio. Pero ahora, rodeado por docenas de ojos que lo escrutaban con crecida avidez, ya que no podían escucharlo, debía aún más mantener una compostura impecable. Me trataría con aspereza, para no correr el riesgo de parecer débil. En segundo lugar, lo que habían hecho era infame. Los códigos escritos según los cuales se regían las FARC no les dejaban margen para la duda. Debían, entonces, refugiarse en las zonas grises de lo que ellos llamaban los avatares de la guerra: yo era el enemigo y había intentado escaparme.

El castigo al cual me habían sometido no podía ser considerado como un error que fuera necesario justificar, ni siquiera como una metedura de pata que hubiera que esconder. Ellos querían considerar lo que había pasado como el precio que yo debía pagar por la afrenta semejante de haber burlado la guardia. No había, pues, sanciones para sus hombres, ni mucho menos consideración para conmigo.

Yo era una mujer instruida y, por lo tanto, muy peligrosa. Yo podría buscar manipularlo, enredarlo y perderlo. Él estaba más prevenido que nunca, inamovible en todos sus prejuicios y todas sus culpabilidades.

Yo estaba de pie frente a él, revestida de esa serenidad que produce el desapego. No tenía nada que demostrar, estaba vencida, mortificada hasta lo indecible. No había lugar en mí para el amor propio. Yo podía vivir con mi conciencia, pero quería entender cómo podía él vivir con la suya.

El silencio que hubo entre nosotros fue producto de mi determinación. Él quería ponerle fin, yo quería observarlo a mis anchas. Él me miraba con desprecio, yo lo examinaba con curiosidad. Los minutos transcurrían lentos como un suplicio. «Bueno, ¿y qué es lo que me quiere decir?» Me desafiaba, indispuerto por mi presencia, por mi silencio obstinado. Entonces me escuché retomar en voz alta una conversación que sostenía en mi interior desde que había vuelto a la jaula.

Imperceptiblemente lo fui llevando a la intimidad de mi dolor y, a medida que le revelaba la profundidad de mis heridas, como quien expone ante un médico su llaga supurante, lo veía palidecer, incapaz de interrumpirme, fascinado y asqueado a la vez. Ya no tenía necesidad de hablar de ello para liberarme. De allí que podía describirle con precisión lo que había vivido.

El comandante me dejó terminar. Sin embargo, cuando alcé los ojos, dejando ver así mis secretas ganas de escucharlo, él recuperó su compostura y me asestó el golpe que había preparado

meticulosamente mucho antes de que yo llegara: «Usted dice eso. Mis hombres dicen otra cosa...». Estaba acostado de medio lado, apoyado en un codo, jugando distraídamente con una ramita que tenía en la boca. Alzó la mirada hacia el frente, hacia las otras caletas que estaban dispuestas en semicírculo alrededor de la suya, donde la tropa se había instalado para tratar de seguir nuestra conversación. Hizo una pausa y concluyó: «... y yo creo lo que mis hombres me dicen».

Me puse a llorar sin recato, incapaz de calmar el torrente de lágrimas. Mi reacción era tanto más inesperada cuanto que yo no lograba identificar el sentimiento que la había desencadenado. Traté de hacer frente a esta inundación, secándome con mis mangas que hedían a vómito, retirándome el pelo que se pegaba a mis mejillas bañadas en lágrimas, como para aumentar mi confusión. Me reprochaba a mí misma por esta falta de control. Mi rabia me daba un aspecto lamentable y la conciencia de ser observada no hacía más que aumentar mi torpeza. La idea de irme, de hacer el recorrido de vuelta, encadenada como estaba, me obligó a concentrarme en la simple mecánica del desplazamiento y me ayudó a ocultar mis emociones.

Andrés, ahora sin sentirse sometido a evaluación, se relajó y dio rienda suelta a su crueldad. «Yo tengo un corazón sensible... No me gusta ver llorar a una mujer, y menos si es una prisionera. Nuestro reglamento dice que debemos tratar a los prisioneros con consideración...». Sonreía de oreja a oreja, sabiendo que su público gozaba con la función. Con un dedo, le indicó al guerrillero que se había ensañado contra mí que se acercara. «Quítele las cadenas. Vamos a demostrarle que las FARC saben tener compasión».

Me violentaba hasta el extremo tener que soportar las manos de este hombre rozándome la piel al introducir la llave en el candado que me colgaba del cuello.

El guerrillero tuvo la inteligencia de no demorarse demasiado; luego se arrodilló sin mirarme para retirar la cadena que me retenía los pies.

Aliviada de ese peso, me preguntaba qué hacer. ¿Debía irme sin pedir nada más o debía agradecerle al comandante su gesto de clemencia? Su indulgencia era el resultado de un juego pernicioso. Su objetivo era humillarme aún más, con una maniobra ingeniosa que me dejaba en deuda con mi verdugo. Andrés lo había planificado todo, usando a sus subordinados para que hicieran el trabajo sucio. De autor intelectual de su vileza, quería pasar a convertirse en juez.

Opté por una salida que en otra época me habría costado mucho. Le agradecí con todas las formas de la cortesía. Sentía la necesidad de ataviarme de ritos, recobrar aquello que hacía de mí un ser humano civilizado, moldeado por una educación que se inscribía en una cultura, en una tradición, en una historia. Como nunca en mi vida, sentía la necesidad de alejarme de la barbarie. El comandante me miró sorprendido, sin saber si me estaba burlando de él o si al fin había terminado por agachar la cabeza.

Hice el camino de regreso, sintiendo las miradas burlonas donde se leía el resentimiento ante la idea de que, a pesar de todo, yo había salido bien librada. Sin duda, todos concluyeron que el viejo truco de las lágrimas había terminado por vencer la rigidez de su comandante. Yo era una mujer peligrosa. Los papeles se habían invertido subrepticamente: de víctima pasaba a ser una mujer temida: era una «política».

Esta afirmación contenía todo el desprecio de clase con que les lavaban el cerebro cotidianamente. El adoctrinamiento era una de las responsabilidades del comandante. Cada campamento estaba construido según el mismo modelo, que comprendía la edificación de un aula donde el comandante daba informes y explicaba las órdenes; allí era donde los guerrilleros debían denunciar cualquier

actitud antirrevolucionaria que hubieran podido presenciar. Si no lo hacían, los consideraban cómplices, los llevaban a juicio en corte marcial y los fusilaban.

Allí les habían explicado que yo me había presentado a las elecciones presidenciales de Colombia. Yo formaba parte, entonces, del grupo de los rehenes políticos, cuyo crimen era, según las FARC, hacer aprobar leyes a favor de la guerra. La reputación de nuestro grupo era odiosa. Les explicaban que éramos unas especies de sanguijuelas, les decían que nosotros prolongábamos la guerra para obtener réditos económicos. La mayoría de esos jóvenes no comprendía el sentido de la palabra «política». Les enseñaban que la política era la actividad de aquellos que lograban engañar al pueblo con discursos y que se enriquecían robándose los impuestos.

El problema de esta explicación es que yo la compartía en buena parte. Además, razones parecidas me habían llevado a participar en la política, con la esperanza, tal vez no de cambiar el sistema en sí, pero por lo menos sí de tener la posibilidad de denunciar la injusticia.

Para ellos, todo aquel que no pertenecía a las FARC era necesariamente una crápula. De nada valían los esfuerzos por explicarles mi lucha y mis ideas: eso no les interesaba. Cuando les decía que yo hacía política contra todo lo que detestaba, contra la corrupción, contra la injusticia social y contra la guerra, su respuesta inapelable era: «todos ustedes dicen lo mismo».

Regresé a la jaula, libre de las cadenas, pero cargando el peso de esta animosidad que crecía contra mí. Entonces oí por primera vez esta canción farquiiana, cantada en tono infantil:

Esos oligarcas hijueputas que se roban la plata de los pobres.

Esos burgueses malnacidos los vamos a acabar, los vamos a acabar.

Al comienzo era solo un murmullo, un ronroneo proveniente de una de las caletas. Luego, el canturreo se desplazó para acompañarme a mi paso. Estaba tan perdida en mis divagaciones que no

le paré bolas. Solo cuando los hombres comenzaron a entonar la estrofa, haciendo de apuestas para articular bien y con voz fuerte, fue cuando alcé la cabeza. No es que hubiera comprendido desde un comienzo el sentido de la letra, porque el acento que les hacía comerse ciertas palabras a veces me obligaba a pedir que me repitieran las frases; sino que el circo que se había montado había provocado una risa generalizada. Fue ese cambio de atmósfera lo que me hizo volver a la realidad.

El que cantaba era el mismo que me había quitado las cadenas. Cantaba con una sonrisa malosa de medio lado, con fuerza, como para acompañar sus actos, mientras fingía meter sus cosas dentro de un morral. El otro, el que había hecho el recorrido desde su caleta, desde el fondo hasta ahí era un pobre diablo, endeble y medio calvo, que tenía la costumbre de apretar los ojos cada dos segundos, como para esquivar un golpe. Una de las guerrilleras estaba sentada en la estera de los muchachos, mirándome de reojo, cantando feliz la canción que todos se sabían de memoria. Dudé un instante, agotada de tanta lucha, diciéndome que, al fin de cuentas, no tenía por qué sentirme aludida por esta canción. Veía en la actitud de los guerrilleros la cruel alevosía de los patios de recreo. Sabía que lo mejor era hacer oídos sordos. Pero hice lo contrario y me detuve. El guardia que me seguía de muy cerca apenas tuvo tiempo de frenar, y casi se estrella tontamente contra mí, y eso lo irritó. Me ordenó avanzar, en tono grosero, aprovechando que tenía, de hecho, el público a su favor.

Me di vuelta hacia la joven y me oí decirle: «No cante esa canción delante de mí. Ustedes tienen los fusiles, y el día que quieran matarme no tienen más que hacerlo».

Ella siguió cantando con sus compañeros, pero sin el entusiasmo de antes. No podían, delante de sus víctimas, hacer de la muerte un refrán. Tenían que haber entendido que la muerte no era un pasatiempo.

La orden de ir a baño llegó pronto. La tarde casi se terminaba y me anunciaron que el tiempo asignado sería muy corto. Ellos sabían que la hora del baño era para mí el mejor momento del día. Acortarla era una muestra del régimen al que sería sometida de ahora en adelante.

No dije nada. Custodiada por dos guardias, fui al río y me sumergí en sus aguas grisáceas. La corriente era todavía muy fuerte, y el nivel del agua no había parado de subir. Me agarré a una raíz que sobresalía en la orilla y mantuve la cabeza sumergida en el agua, con los ojos bien abiertos, esperando así poder lavar todo lo que había visto. El agua estaba helada y a su contacto se despertaron todos mis dolores. Me dolía hasta la raíz del pelo.

La colada llegó cuando regresé a la jaula. Harina, agua y azúcar. Esa noche, me acurruqué en mi rincón, con ropa seca y limpia, a tomarme esa bebida no porque supiera bueno sino porque estaba caliente. Ya no volvería a tener las fuerzas para afrontar otro día como este. Debía protegerme, incluso de mí misma, pues era obvio que no estaba hecha para aguantar mucho tiempo el régimen al que me tenían sometida. Cerré los ojos antes de que cayera la noche, respirando apenas, esperando que disminuyeran mi sufrimiento, mi angustia, mi soledad y mi desesperanza. Durante las horas de aquella noche sin sueño, y en los días que siguieron, todo mi ser empezó a recorrer el curioso camino de la hibernación del alma y del cuerpo, esperando el momento de la libertad como la primavera.

El día siguiente llegó, como cualquier mañana de cualquier año de mi vida. Solo que estaba muerta. Trataba de poblar las horas sin fin, ocupando mi mente con cualquier otra cosa que no fuera yo misma, pero el mundo ya no tenía ningún interés para mí.

Los vi llegar de lejos, del otro extremo del campamento, en silencio, ella detrás de él o, mejor, ella empujándolo a él. Cuando

llegaron frente al guardia, Yiseth le habló al oído. Haciendo una señal con el mentón, el guardia los autorizó a seguir. Ella le susurraba a su compañero unas palabras que parecían incomodarlo.

—Queremos hablarle —me dijo ella, mientras yo hacía lo necesario para poner cara de que no era asunto mío.

Vestía la misma camiseta sin mangas, con colores de camuflado, del día anterior. Tenía la misma expresión dura y secreta que la hacía ver más vieja.

Levanté hacia ella unos ojos llenos de amargura. Su compañero, con el que había venido a verme, hacía parte del grupo de tres guerrilleros que se habían encarnizado conmigo en el embalaje. Su sola presencia me hacía estremecer de repulsión. Ella se dio cuenta y espoleó a su compañero con un codazo.

—A ver, dígale.

—Nosotros... Yo vine a decirle que... Lo siento. Quiero excusarme por lo que le dije ayer. Yo no pienso que usted sea una vieja hijueputa. Quiero pedirle perdón. Yo sé que usted es una persona buena.

La escena me parecía surrealista. Este hombre venía a disculparse, como un niño regañado por una mamá severa. Sí, me habían lanzado a la cara toda clase de insultos. ¡Pero eso no era nada en comparación con el horror que me habían hecho vivir! ¡Todo era tan absurdo! Salvo el hecho de haber venido a verme. Yo escuchaba. Creía que era indiferente. Me tomó un tiempo comprender que aquellas palabras, y la manera como habían sido dichas, me habían producido un real alivio.